

«Mas le valdrá al pajecillo que acaba de atravesar pantanos y de meterse en el barro, cenar sobre sus rodillas delante del fuego de la cocina.»

Acabada la cena, cada cual tomó el camino del lecho. Childe-Waters dijo: ven acá mi pajecillo y atiende á lo que te voy á decir.

«Baja á la ciudad y ponte de acecho en la calle: tráeme la mujer mas hermosa que veas: obligala á que venga á pasar la noche á mi lado. Tráela en tus brazos á fin de que no se manche los pies.»

Elena bajó á la ciudad: se puso de acecho en la calle: detuvo á la mujer mas hermosa que vió; la cogió en sus brazos para que no se manchara los pies y le obligó á que viniera á pasar la noche al lado de Childe-Waters.

«Ruégos, buen Childe-Waters, que me dejes acostar á vuestros pies, pues en esta casa no hay sitio donde yo pueda intentar dormir.»

Concedida esta peticion, la hermosa Elena se acostó á los pies, de la cama: la noche pasó presurosa; cuando empezaba á rayar el dia, Childe-Waters dijo: «Arriba pajecillo: vete á dar de comer heno y trigo á mi caballo; dale ahora buena avena negra á fin de que tenga mas bríos para llevarme.»

Levantóse en seguida la hermosa Elena y dió heno y trigo al caballo, dióle tambien buena avena negra á fin de que tuviera mas bríos para llevar á Childe-Waters.

Apoyó su espalda contra el borde del pesebre, y gimió dolorosamente: apoyó su espalda contra el borde del pesebre, y en esa actitud principió á lamentarse.

Su lamento llegó al oido de la querida madre de Childe-Waters. La madre oyó aquel doloroso gemido, y dijo: ¡ Levántate Childe-Waters! baja á la caballeriza.

«En la caballeriza hay un espectro que gime penosamente, ó bien una mujer que está de parto: ahora principia á sentir los dolores.»

Childe-Waters se levantó prontamente: púsose su camisa de seda, y cubrió con los demás vestidos su cuerpo mas blanco que la leche.

Al llegar á la puerta de la caballeriza se detuvo para oír cómo se lamentaba su hermosa Elena.

La jóven decía: «Hijo mio querido, Lullabye, hijo mio querido, ¡Ojalá que tu padre fuese rey, y tu madre estuviera encerrada en el féretro!»

«¡ Animo, ánimo mi buena y querida Elena! dijo Childe-Waters. ¡ Animo! El dia que te restablezcas del parto: será el dia de nuestras bodas.»

En toda esa balada se revela un carácter salvaje. Childe-Waters es un hombre atroz: complácese en hacer pasar á su querida por los mas abominables tormentos del cuerpo y del alma. La triste jóven fascinada, se somete á ellos con la resignacion de un amor que cuenta por nada los sacrificios. Hace una larga jornada á pie; atraviesa un rio á nado; sufre toda clase de humillaciones en el palacio de las veinticuatro mujeres, y oye de la misma boca de su insultador amante la preferencia que concede á la mas hermosa de aquellas.

Va por orden suya á buscarle una cortesana, y tiene que traérsela en brazos para que no se manche los pies, cuando los suyos se han desgarrado á fuerza de correr y atravesar barrizales. Durante toda esa dolo-

rosa pasion, la triste jóven no exhala una queja, ni siquiera un suspiro: al dar á luz su hijo en medio de tanto dolor y tanto abandono, todavia tiene palabras amorosas con que halagarlo; todavia tiene abnegacion para desear un trono para el padre y un féretro para ella! El hombre feroz se siente al fin conmovido y se confiesa padre de la inocente criatura. Al restablecerse la madre se podrá llamar esposa. ¿ Llegará á restablecerse?

¿ No habrá algunos puntos de semejanza entre Childe-Waters y Childe-Harold? ¿ No habrá lord Byron modelado el carácter de su personaje con arreglo al tipo del héroe de la balada, asi como dió á su lira la entonacion de los poetas del siglo xv?

Tambien seria posible que la primera idea de esta balada hubiese sido sugerida por la novela décima; jornada décima del Decameron. En ese caso Griselda puesta á prueba por Gualtieri seria Elena, y hasta el nombre de Waters no seria mas que una forma del de Gauthier. En las dos novelas no habria mas diferencia que la naturaleza humana á lo inglés y la naturaleza humana á lo italiano.

Antes de abandonar la edad media, haré mención de una circunstancia que creo no habrá pasado desapercibida: no he hablado de los autores que escribieron en latin durante los siete ú ocho siglos que acabamos de recorrer. No entraba el hablar de ellos en el plan que me habia propuesto, por la razon de que la literatura latina de la edad media ni aun la de la época anterior, no pertenecen legalmente á un pais determinado, sino á toda la Europa. Por eso no he dicho nada de Gildas en el siglo vi, ni de Nennius, ni del abad de Banchor, ni de Aldhem en el vii, ni de Beda, Alcuino, ni de Bonifacio arzobispo de Mayenza é inglés, ni de Villebald, ni de Eddio, fraile de Cantorbery; de Dungal, ni de Clement en el viii. Nada he dicho tampoco de Juan Scot Erigenes ni de Asser, á quien se debe la vida de su protector Alfredo el Grande, ni de S. Dustan, ni Elfric el gramático en el siglo x, ni de Ingulfó en el xi. En los siglos xii y xiii he pasado asimismo en silencio los nombres de Lanefranc, Anselmo, Roberto Withe, Guillermo de Malsbury, Huntington, Juan de Salisbury, Pedro de Blois y Geraldo Burry en los siglos xii y xiii, Roger Bacon, Miguel Scot, Guillermo Okan, Mateo Paris, Tomás Wykes, Hemmingfort y Avesbury en el xiii y siguientes. Diré de una vez, que esos escritores estan llenos de las cosas mas interesantes para el estudio de la historia, de las costumbres, de las ciencias y las artes, y que seria de desear que tuviéramos traducciones de sus principales obras.

Aquí concluye la primera parte de este Ensayo. La literatura inglesa, oral por decirlo así en sus cuatro primeras épocas, esto es, mas bien hablada que escrita, ha sido transmitida á la posteridad mediante una estenografía, y tiene las ventajas y los defectos de la improvisacion. La poesia es sencilla, pero incorrecta, y la historia interesante, pero limitada al círculo individual. Vamos ahora á considerar como la alta poesia sofoca á la poesia íntima, y cómo la gran historia absorbe la pequeña. Esta revolucion literaria se va á consumir por el impulso gradual de la civilizacion en el momento en que una revolucion religiosa rompe la unidad católica y la fraternidad europea.

## SEGUNDA PARTE.

### QUINTA Y ULTIMA EPOCA DEL IDIOMA INGLÉS.

#### LITERATURA EN TIEMPO DE LA DINASTÍA TUDOR.

HASTA el presente, la poesia inglesa se nos ha presentado como católica; las Musas habitaban en el Vaticano y cantaban bajo la cúpula medio construida de la basílica de San Pedro que Miguel Angel les estaba edificando: ahora las vamos á ver apostatar y hacerse protestantes. Su cambio de religion no se verificó sin embargo de un modo bien marcado, porque la reforma tuvo lugar antes que el idioma acabara de despojarse de la barbarie: todos los escritores de primer orden florecieron despues del reinado de Enrique VIII. Así lo demostraremos al ocuparnos de Shakespeare, Pope y Dryden.

De todas maneras un grande suceso domina en la época en que vamos á entrar: por lo cual así como he pintado al lector la edad media antes de hablarle de los autores que figuraron en aquellos siglos, me parece tambien conveniente presentar el resultado de algunas investigaciones acerca de la reforma, antes de principiar la narracion de lo relativo á la segunda parte de este Ensayo. ¿ Cómo se preparó aquel suceso? ¿ Cuáles han sido sus consecuencias para el espíritu humano, para las letras, las artes y los gobiernos? Tales cuestiones merecen fijar por un momento nuestra atencion.

#### HEREJÍAS Y CISMAS QUE PRECEDIERON AL CISMA DE LUTERO.

La unidad de la Iglesia se vió incesantemente atacada desde que ondeó el estandarte de la cruz en los muros de Jerusalem. Las filosofías de los hebreos, de los persas, de los indios y de los egipcios, se habian concentrado en el Asia bajo la dominacion de Roma, y de aquel foco inflamado por la chispa evangélica, brotaron una multitud de opiniones, tan diversas, como desemejantes eran las costumbres de los heresiarcas. Podriase redactar un catálogo de sistemas filosóficos, y poner al lado de cada sistema la herejía que le corresponde. Así lo conoció Tertuliano: las herejías fueron al cristianismo lo que los sistemas filosóficos habian sido al paganismo, con la diferencia de que estos eran las verdades del culto idolátrico, y aquellas son los errores de la religion cristiana.

San Agustin contaba en su tiempo ochenta y ocho herejías, principiando por los simonianos y acabando en los pelagianos.

A todo hacia frente la Iglesia; su lucha perpétua da la razon de aquellos concilios, de aquellos sínodos y de aquellas asambleas de todas clases y denominaciones qua se echan de ver desde el nacimiento del cristianismo. Portentosa es la infatigable actividad de la comunidad cristiana: mientras que por una parte se defendia de los edictos de los emperadores y de los suplicios, por otra tenia que batallar contra algunos de sus propios hijos y enemigos domésticos. Cierto es que en semejante lucha no se trataba de nada menos que de la integridad de la fé: pues si las herejías no hubiesen sido continuamente estirpadas del seno de la Iglesia por medio de los cánones, si no hubiesen sido denunciadas y anatematizadas por medio de escritos,

los pueblos habrian llegado á no saber á qué religion pertenecian. En medio de sectas que se hubieran propagado sin obstáculos, ramificándose hasta lo infinito, el principio del cristianismo, se habria agotado entre sus numerosas derivaciones como se agota el rio por la multitud de desagües.

La edad media propiamente dicha, no desconoció el cisma. Muchos innovadores en Italia, Wiclef en Inglaterra, Gerónimo de Praga y Juan Huss en Alemania, fueron los que precedieron á los reformadores del siglo xvi. En el fondo de las doctrinas que dieron lugar á las horribles cruzadas contra los desgraciados albigenes, fermentaban una multitud de herejías. Hasta en las mismas escuelas de teología existia un espíritu de curiosidad hostil á los dogmas de la Iglesia; las cuestiones eran simultáneamente obscenas ó pueriles, ó impías. Valfredo en el siglo x, declamó contra la resurreccion del cuerpo. Beranger explicó á su modo la Eucaristía. Los errores de Roscelio, Abelardo, Gilberto, La Porée. Pedro Lombardo y Pedro de Poitiers, fueron célebres: preguntábase si Jesucristo como hombre era alguna cosa; los que estaban por la negativa se llamaron Nihilianistas. No se leia ya la Escritura Sagrada, ni se sacaban argumentos en favor de la verdad cristiana mas que de la doctrina de Aristóteles. Todo lo dominaba la escolástica, y Cuillermo de Auxerre fue el primero que aplicó los términos *materia* y *forma* á la doctrina de los sacramentos. Heloisa queria saber de Abelardo por qué razon los cuadrúpedos y las aves fueron los únicos animales presentados á Adan para recibir denominacion. ¿ Jesucristo entre su muerte y resurreccion fue lo que habia sido antes de su muerte y despues de su resurreccion? ¿ Su cuerpo que se tomaba de alimento en la Eucaristía, estaba desnudo ó vestido? Tales eran las cuestiones de que los espíritus mas ortodoxos se ocupaban; el mismo Lutero no manifestó tanta audacia en sus investigaciones.

#### ATAQUES CONTRA EL CLERO.

A las herejías contra la Iglesia se han unido en todo tiempo, como ya he tenido ocasion de decirlo en otra parte, las sátiras contra el clero, mezcladas con lo que en realidad habia de reprehensible en sus individuos. Lutero en este particular no igualó á sus antecesores. El rebaño se habia infeccionado juntamente con los que lo conducian. Si se quiere penetrar á fondo el interior de la sociedad de aquel tiempo, es preciso leer los concilios y las *Cartas de abolicion* (cartas de gracia concedidas por los reyes); allí se ven al desnudo las úlceras de aquella sociedad; los concilios reproducen sin cesar quejas contra el desenfreno de costumbres; y las *Cartas de abolicion* presentan los detalles de las sentencias y de los crímenes que las motivaron. Los capitulares de Carlo-Magno y de sus sucesores, están llenos de disposiciones por lo tocante á la reforma del clero.

Sabida es la espantosa historia del P. Anastasio, encerrado en vida con un cadáver por venganza del obispo Caulin (V. GREGORIO DE TOURS). En los cánones añadidos al concilio de Tours durante el episcopado

de San Perpert, se lee: «Se nos ha referido cosa horrible! (*quod nefas*), que se han establecido posadas en algunas iglesias: de manera, que en donde no deben oírse mas que oraciones y alabanzas á Dios, resuenan el rumor de los festines, palabras obscenas, disputas y blasfemias.»

Bononio, tan favorable á la corte de Roma, da al siglo x la denominacion de siglo de hierro, en vista de los desórdenes de la Iglesia. El sabio é ilustre Gherbert, antes de ser papa con el nombre de Silvestre II y no siendo aun mas que arzobispo de Reims, decia: «Deplorable Roma, tú diste á nuestros antepasados las luces mas brillantes; pero ya no tienes mas que horribles tinieblas... Hemos visto á Juan Octavio conspirar en medio de mil prostitutas contra el mismo Oton á quien habia proclamado emperador. Fue derribado y le sucedió Leon el neófito. Oton huyó de Roma, y Octavio entró en ella: espulsa á Leon, corta los dedos, las manos y la nariz al diácono Juan, y despues de haber quitado la vida á muchos personajes esclarecidos, no tarda él en sufrir la misma suerte... ¿Será posible que aun haya quien se atreva á sostener que tan grande cantidad de ministros de Dios, dignos por su vida y por sus méritos de ilustrar el Universo, tenga que vivir sometida á tales monstruos privados de todo conocimiento de las ciencias divinas y humanas?»

No se mostró mas indulgente San Bernardo con los vicios de su siglo: San Luis tuvo que cerrar los ojos por no ver las prostituciones y desórdenes que dominaban en su ejército. En tiempo de Felipe el Hermoso se convocó un concilio nada mas que para oponerse á la relajacion de las costumbres. En 1351 los prelados y las órdenes mendicantes espusieron sus agravios ante el papa Clemente VII en Aviñon. El pontífice favorable á los frailes, apostrofó de este modo á los prelados: «¿Hablareis de humildad, vosotros, tan vanos en vuestras calbagaduras y equipajes? ¿Hablareis de pobreza, vosotros tan ávidos que no os contentais con todos los beneficios del mundo? ¿Qué diré de vuestra castidad?... ¿Aborreceis á los mendicantes y les cerrais las puertas de vuestras casas abiertas á infames y á sicofantas?» (*Leonibus et truffatoribus*).

La simonia era general; los sacerdotes violaban casi por todas partes la regla del celibato, viviendo con mujeres perdidas, con mancebas y camareras: un abate de Noreis tenia diez y ocho hijos; en Vizcaya, para que las mujeres de los vecinos no fueran incomodadas, se consentia que los curas tuviesen barraganas.

El Petrarca escribia á uno de sus amigos: «Aviñon se ha convertido en un infierno, es la sentina de todas las abominaciones. Las casas, los palacios, las iglesias, las cátedras del pontífice y los cardenales, el aire, la tierra, todo está impregnado de mentira: se habla del mundo futuro, del juicio final, de las penas del infierno, y de los gozes del paraíso, como de fábulas absurdas y pueriles.» En apoyo de sus asertos, el Petrarca cita escenas escandalosas acerca de la relajacion de eminentes personajes.

En un sermón pronunciado ante el papa (A. 1364), Nicolás Orem demostró, que el Antecristo no tardaria en aparecer, y fundó esta opinion en seis razones deducidas de la relajacion de la doctrina, del orgullo de los prelados, de la tiranía de los primados de la Iglesia, y de su aversion á la verdad.

Estas recriminaciones, que venian perpetuándose de siglo en siglo, fueron reproducidas por Erasmo y por Rabelais. A nadie le eran desconocidos aquellos vicios que un poder sin freno y la grosería de la edad media habian introducido en la Iglesia. Los reyes habian dejado ya de someterse al yugo de los papas; el largo cisma del siglo xiv habia sido causa de que todo el mundo fijase la vista en el desorden y ambicion del gobierno pontificio: los magistrados manda-

ban rasgar y quemar las bulas, y hasta los concilios se ocupaban de remediar los abusos.

Así fue, que al presentarse Lutero todos los ánimos propendian á la reforma, y por lo tanto llegó á tiempo de coger un fruto maduro y próximo á caer de la rama. Pero veamos quién era Lutero: ese personaje nos conducirá naturalmente á contemplar á Enrique VIII con quien está históricamente enlazado, tanto por sus inovaciones religiosas como por las disputas que con él sostuvo en concepto de fundador de la Iglesia Anglicana.

## LUTERO.

Martin Lutero, el fundador de una religion de príncipes y de ricos, era hijo de un aldeano. El mismo refiere en pocas palabras su historia con esa humildad desvergonzada que proviene del buen resultado de toda una vida (1).

«He hablado frecuentemente con Melanchton, y le he referido mi vida de cabo á cabo. Soy hijo de un aldeano, mi padre y mi abuelo eran verdaderos aldeanos. Mi padre fué á Manfeld y se hizo minero. Yo nací. Que yo en lo sucesivo llegara á ser bachiller, doctor, etc., es seguro que no estaba escrito en las estrellas. ¿No llené de admiracion á la gente metiéndome fraile y luego dejando el sombrero gris por otro? Este suceso afligió mucho á mi padre y le hizo daño. En seguida me agarré á brazo partido con el papa. Me casé con una monja que se habia fugado del convento, y tuve dos hijos. ¿Quién habria leído esto en los astros? ¿Quién me habria dicho con anticipacion lo que habia de suceder?»

Lutero nació en Eisleben el 10 de noviembre del 1483, y frecuentó desde la edad de seis años la escuela de Eisenach cantando de puerta en puerta para procurarse el sustento: «Yo tambien, dice el mismo Lutero, he sido un pobre mendigo y he recibido pan en la puerta de las casas.» Una caritativa señora, Ursula Schweickard, se compadeció de él y lo hizo educar. En 1501 entró en la universidad de Erfurth: niño pobre y oscuro, inauguró esa nueva era que principió en él; era que tantos cambios y calamidades debian fijar de un modo indestructible en la memoria de los hombres.

Lutero se dedicó por de pronto al estudio de las leyes, mas habiéndole disgustado, lo dejó por cursar teología y aprender música y literatura; habiendo visto morir herido de un rayo á uno de sus compañeros, hizo voto á Santa Ana de meterse fraile: en 17 de julio de 1505 entró de noche en el convento de agustinos de Erfurth y se encerró en el claustro con Plauto y un Virgilio para cambiar la faz del mundo cristiano.

De allí á dos años se ordenó de sacerdote. «Al celebrar por primera vez misa, dice Lutero, yo estaba como muerto, pues no tenia fe; luego vinieron los disgustos, las tentaciones y las dudas.» Con objeto de corroborar sus creencias, Lutero pasó á Roma.

Allí encontró á la incredulidad sentada sobre la tumba de San Pedro, y al paganismo resucitado en el Vaticano. Julio II no soñaba mas que en combates, y los cardenales, espresándose ciceronianamente, se habian transformado en poetas, en diplomáticos y en guerreros. La dignidad papal, á punto de hacerse gibelina, habia abdicado, casi sin echarlo de ver, la autoridad espiritual: el papa, haciéndose príncipe á la manera de los otros príncipes, habia dejado de ser el representante de la república cristiana, renunciando á ese terrible tribunal de los pueblos de que anteriormente se hallaba investido por eleccion popular. Lu-

(1) La mayor parte de lo que se va á decir acerca de Lutero, está tomado de sus *Memorias*, publicadas recientemente por M. Michelet.

tero no vió nada de eso; no consideró la cuestion sino bajo el punto de vista mas mezquino, y regresó á Alemania, afectado únicamente del escándalo, del ateísmo y de las costumbres de la Corte de Roma.

A Julio II sucedió Leon X, rival de Lutero: el siglo quedó repartido entre el papa y el fraile: Leon X le impuso su nombre; Lutero su poder.

Tratábase de que terminaran las obras de la basílica de San Pedro; pero no habia dinero. Sin tener la fe que en la edad media hacia brotar tesoros, se acordaron en Roma de los tiempos en que la cristiandad contribuia con sus limosnas á la construccion de las catedrales y monasterios. Leon X hizo vender en Alemania, por los dominicos, las indulgencias que antes eran vendidas por los agustinos. Lutero, que era ya provincial de estos últimos, clamó contra el abuso de estas indulgencias. Se dirigió al obispo de Brandeburgo y al arzobispo de Mayenza; obteniendo solo una respuesta evasiva del primero, y ninguna del segundo. Entonces presentó públicamente las proposiciones que estaba pronto á sostener contra las indulgencias. La Alemania se conmovió; Tetzel quemó las proposiciones de Lutero; los estudiantes de Wittemberg quemaron las de Tetzel. Admirado de su propia obra, Lutero habria gustosamente retrocedido.

Leon X oyó á lo lejos el ruido que resonaba al otro lado de los Alpes, un rumor suscitado entre los bárbaros: «rivalidades de frailes,» solia decir. Los atenienses se burlaban de los bárbaros de la Macedonia. La aficion del príncipe de la Iglesia á las bellas letras, le arrebatava á consideraciones mas altas; en su concepto el hermano Lutero era un bellísimo ingenio. «*Fra Martino haveva un bellissimo ingenio* (1).» Sin embargo, para comolacer á sus teólogos, el pontífice le mandó comparecer en Roma.

Lutero, contando con el apoyo del elector de Sajonia, eludió esa orden, y habiendo sido citado para Augsburg, compareció con un salvo-conduto del emperador, y disputó con el legado Cayetano de Vio. Sin llegar á entenderse, como generalmente sucede en esos combates de palabras, Lutero, apeló al papa mejor informado, y confesó que con algo menos de allanería por parte del prelado, se habria sometido, porque en aquel tiempo aun *no veia con claridad todos los errores del pontífice*.

Leon X solicitó del elector de Sajonia que le entregase Lutero, Federico se resistió, y Lutero, tranquilo sobre este particular, escribió al papa diciéndole: «Pongo por testigo á Dios y á los hombres, de que nunca he querido, ni quiero en la actualidad causar el mas leve perjuicio á la Iglesia Romana, ni á vuestra santa autoridad. Reconozco plenamente que esta Iglesia está sobre todas las cosas, y que nada se la puede anteponer de cuanto hay en el cielo y la tierra, no siendo N. S. Jesucristo.»

Lutero era sincero por mas que las apariencias estuvieran contra él, pues al mismo tiempo que se explicaba así con el papa, decia á Spalantino: «No sé si el papa es el Antecristo ó el apóstol del Antecristo.» No tardó sin embargo en publicar su libro de la *Cautividad de Babilonia*. Declaró, que la Iglesia se hallaba cautiva, Cristo profanado en la idolatría de la misa, desconocido en el dogma de la transubstanciacion, y prisionero del papa.

Intentando probar que aun no atacaba á este ni á su dignidad, dijo, en una segunda carta que escribió á Leon X: «Preciso es sin embargo, muy honorable padre, que una vez me acuerde de tí. Tu reputacion tan celebrada entre los literatos, y tu vida irreprochable te escudarian de todo ataque. No soy tan imbécil que pretenda luchar contigo cuando apenas hay quien no te alabe. Si te he llamado un Daniel en Babilonia, tambien he protestado de tu

(1) V. BANDOLLE.

inocencia... Si, querido Leon, tú me haces el efecto de Daniel en el foso y de Ezequiel entre los escorpiones. ¿Qué puedes tú solo hacer contra esos monstruos? Supongamos aun que puedes valerte de tres ó cuatro cardenales sabios y virtuosos. Envenenados moriríais infaliblemente, si os atrevierais á remediar tantos males... La Corte de Roma ha llegado á su término.»

Hace mas de tres siglos que se le escapó esta prediccion á Lutero, y sin embargo la Corte de Roma subsiste.

Las cartas del fraile llegaban á manos de Leon X, ocupado con Miguel Angel en acabar de construir la basílica de San Pedro, y escribiendo á Rafael: Vos seréis el honor de mi pontificado. *Leon X*, dice Palavicini, *con maggior cura chiamó coloro á cui fosser note le favole della Grecia e le delizie d' Poeti, che l' istorie della chiesa, et la dottrina de' Padri*.

Los graznidos germánicos de Lutero impacientaban al Médicis en medio de las artes y bajo el hermoso cielo de Italia. A fin de sofocar aquellos importunos rumores, y no pudiendo persuadirse que se trataba de un cisma, redactó la bula de *condenacion*.

La bula llegó á Alemania y el pueblo se sublevó: en Erfurth la arrojaron al rio y en Wittemberg á las llamas, que con razon pudieran considerarse como las primeras del incendio que desde Europa iba á propagarse á las demás partes de la tierra.

En esta ocasion pudo admirarse la lucha que Lutero traia consigo mismo, pues como ya se ha dicho, Lutero era un hombre de convicciones. Esta lucha está muy bien pintada por Mr. Michelet, salva la traduccion, en la cual necesaria é inevitablemente tiene que dar á la literatura y á las ideas la expresion de la literatura y de las ideas de nuestro siglo.

Al principio de su *Tratado de Servo arbitrio*, Lutero dice á Erasmo:

«Sin duda te verás algo intimidado en presencia de una tan numerosa serie de eruditos y ante la aprobacion de tantos siglos, en que brillaron hombres tan profundos en las sagradas letras, y en que aparecieron tan ilustres mártires, glorificados por numerosos milagros. Añade á ese número el de tantos teólogos modernos, tantas academias, tantos concilios, tantos prelados y tantos pontífices. En ese campo militan la erudicion, el talento, el número, la grandeza, la elevacion, la fuerza, la santidad y los milagros: todo milita en ese campo. ¿Y en el mío? solo Wiclef, Lorenzo Valla, (y tambien San Agustin por mas que lo olvides), y luego Lutero, un pobre hombre, un hombre de ayer, con algunos amigos que no tienen tanta erudicion, ni tanto talento, ni pueden contar con el número, ni con la grandeza, ni con la santidad, ni con los milagros: todos reunidos no podríamos curar á un caballo cojo....»

En ese tratado de *Servo arbitrio*, Lutero se declara por la gracia contra el libre albedrío; aquel hombre que propagó, si no fundó el *libre examen*, imponia cadenas á la voluntad; ¡tan naturalmente incurren los hombres en contradiccion! Por otra parte ninguna relacion directa hay entre la fatalidad providencial y el despotismo social; son dos órdenes de hechos distintos: el uno pertenece al dominio de la filosofia y la teoría; el otro entra en el círculo de la política y de la práctica.

La Alemania es el país de la probidad, del ingenio y de los sueños: cuanto menos inteligibles son las abstracciones de los espíritus nebulosos, mas entusiasmo escitan entre los visionarios que creen entenderlas. De las opiniones de San Agustin resucitadas por Lutero, hicieron los compatriotas de este su regla de fe. Lutero se dirigió particularmente á los nobles, y dedicó su defensa de los artículos condenados al señor Fabian de Feilitzsch, diciendo: «Recomiénd-

deme este escrito á tí, y á toda tu nobleza.» Publicó su folleto: *A la nobleza cristiana de Alemania acerca del mejoramiento del cristianismo*. Los principales nobles, amigos de Lutero, eran Silvestre de Schauenberg, Franz de Sickingen, Taubenheim y Ulrico de Flutten. El margrave de Brandeburgo solicitó el favor de ver al nuevo apóstol. De esto se echa de ver cómo en Francia y en Inglaterra los reformistas fueron reyes, príncipes y nobles: en Francia la hermana de Francisco I, Juana de Albret, Enrique IV, los Chatillon, les Bouillon y los Rohan, y en Inglaterra Enrique VIII, sus cortesanos y sus obispos.

Cuando en mis *Estudios históricos* establecí ese precedente, tuve la desgracia de herir á despecho mio algunas susceptibilidades: convengo que en nuestros tiempos de democracia no será agradable á los que se llaman fundadores de la libertad popular, el aparecer como aristócratas por su origen directo de una raza de príncipes y de nobles; pero ¿qué remedio? Esa es la verdad, y sería fácil apoyarla en una multitud de hechos irrecusables.

La Dieta de Worms fue el triunfo de Lutero; allí compareció ante el emperador Carlos V, seis electores, un archiduque, dos landgraves, veinte y siete duques, y un gran número de condes, arzobispos y obispos. Atravesó la ciudad en un carruaje escoltado de cien nobles armados de punta en blanco y cantando un himno, que era la *Marsellesa* de aquel tiempo.

«Nuestro Dios es una fortaleza  
una espada y la coraza.»

El pueblo ocupaba los tejados para ver pasar á Martín. Tan firme como moderado, nada quiso el doctor retractar de cuanto había dicho relativo á las doctrinas; pero ofreció desdecirse de todo lo que pudiera haberse escapado de inconveniente respecto de las personas. Así es como según de un modo muy significativo ha dicho Mr. Mignet, Lutero dió un *no* al papa y un *no* al emperador. Esto prueba convencimiento y valor, pero valor que es muy fácil tener al verse bien defendido, rodeado de mucho esplendor, y sobre todo cuando uno se siente estimulado por la ambición de ser jefe de secta, ó por la esperanza de obtener gran celebridad. Por lo demás hay también que tener presente que todos los sectarios han dicho *no*. La herejía de Arrio duró mas de tres siglos en su vigor, y todavía subsiste: dividió el mundo civilizado, y dominó en todo el mundo bárbaro, esceptuando los francos de Clodoveo, Alarico y Genserico, que saquearon á Roma católica, eran arrianos. Arrio había dicho *no* mucho antes que Lutero, cuyas doctrinas no han alcanzado aun la duración de las del sacerdote de Alejandría.

Lutero tenía quien le animara hasta en el mismo seno de aquella Dieta, pues no faltaban nobles y condes que lo iban á visitar. «El papa, dice Lutero, había escrito al emperador que no respetara el salvoconducto. Los obispos le aconsejaban lo mismo; pero los príncipes y los Estados no lo quisieron consentir; todo esto causó gran ruido, del cual me aproveché para sacar la consecuencia de que *debían temerme mas que lo que yo les temía á ellos*. Efectivamente, el landgrave de Hesse, que todavía era un jóven, vino á visitarme y por último me dijo: ¡Querido doctor, si tenéis razon, Dios os proteja!»

De todas maneras, la aparición de Lutero en la Dieta, revelaba alguna fuerza de alma, particularmente existiendo el ejemplo de Juan Huss, que á pesar del pasaporte de un emperador había sido quemado en vida. Cuando Cristo compareció ante Pilatos, se hallaba solo y abandonado hasta de sus doce discípulos: todas las potestades de la tierra se elevaron contra él, y no tuvieron ningun respeto al salvoconducto que tenía del cielo. La Dieta publicó el bando imperial que condenaba á Lutero y á sus prosélitos.

Voltaire opina que Carlos V anduvo vacilando entre el fraile de Erfurth y Roma. El salvo-conducto fue respetado hasta en la publicación del bando. Aquel Carlos V, que concedió una audiencia solemne á Lutero, se había negado á oír á Hernán-Cortés.

El reformador se retiró y el elector de Sajonia, para sustraerlo de todo peligro, y de acuerdo tal vez con el mismo Martín, lo hizo arrebatarse y encerrar en el castillo de Wartbourg. Desde lo alto de esa fortaleza Lutero lanzó una multitud de escritos, imitando á Atanasio que combatía por la fe desde el fondo de las cavernas de Egipto. Combatíanlo las tentaciones: *su carne no domada le abrasaba con fuego devorador*. En su Patmos (así llamaba este novel San Juan á la fortaleza de Wartbourg), creía oír durante la noche un ruido semejante al que produciría un saco de avellanas agitado, y grandes rumores en una escalera cerrada por medio de cadenas y una puerta de hierro: sin duda era la apostasía que fermentaba en su seno. Lutero, exacerbado hasta por aquel benéfico cautiverio, no hablaba mas que de *quebrantar cedros, y humillar la obstinacion y soberbia de los Faraones*.

Con aspereza escribía el arzobispo de Mayenza fechando la carta del modo siguiente: «Dada en mi desierto, el domingo despues de Santa Catalina, 25 de noviembre de 1524.» El cardenal arzobispo de Mayenza contestaba humilde ó arrogantemente diciendo:

«Querido doctor, he recibido vuestra carta... sufro gustoso una reprension fraternal y cristiana.»

Al predicar Lutero su nuevo evangelio decía:

«Creo que me matarán; pero aun no ha llegado mi hora: preciso es que antes acabe de enfurecer á esa raza de víboras.»

Por de pronto anduvo vacilando acerca de pronunciarse contra los votos monásticos; mas luego corroborándose en sus propias ideas, manifestó haber formado «una vigorosa conspiracion á fin de destruirlas y anonadarlas.»

No daba su aprobacion á los teólogos demagogos que seguían sus huellas y rompían las imágenes. «Si deseas poner á prueba sus inspiraciones, decía á Melanchton, pregúntales si han sentido esas angustias espirituales, y esos renacimientos divinos, esas muertes y esos infiernos.»

Había ya principiado á publicar su traduccion de la Biblia, cuando la autoridad civil y los prelados la prohibieron, causándole grande irritacion como sectario y como autor: la ira le hizo prever el porvenir. «El pueblo se agita por todas partes, exclamó, y tiene los ojos abiertos; no quiere ya, no puede ya dejarse oprimir. El Señor es quien dispone todas esas cosas, y no deja ver á los reyes esos síntomas amenazadores; el Señor es quien consumará todo por medio de la ceguedad y violencia de aquellos; me parece que veo nadar en sangre la Alemania.»

«Acaben de comprender que la espada de la guerra civil está suspendida sobre sus cabezas.»

¿Quién la suspendía sino el mismo Lutero?

Enrique VIII, que durante ese año de 1522 todavía era ortodoxo, hizo publicar un libro de que me ocuparé en otra parte, y que había mandado revisar tal vez por su confesor y por sus ministros teólogos. El fraile reformador se indigna altamente contra el rey reformador, exclamando:

«¿Quién es pues, ese Enrique, ese nuevo tomista, ese discípulo del monstruo, para que yo respete sus blasfemias y su violencia? ¡Defensor de su Iglesia! Sí, de su Iglesia, que tan alto quiere elevar; de esa prostituta que vive entre púrpura, ébria de disoluciones; de esa madre de fornicaciones. Yo no reconozco mas jefe que Cristo; descargaré un mismo golpe sobre esa Iglesia y sobre su defensor que no son mas que una misma cosa, y los aterroraré.» Enrique VIII, no pudiendo quemar á Lutero, replicó:

sus hogueras eran mas temibles que sus escritos.

La reforma se propagaba con el auxilio de la imprenta, cuyo descubrimiento parecía haber sido hecho á propósito para la propagacion de las nuevas doctrinas; la Iglesia Luterana se iba estableciendo; nadie ignora lo que tomó ó desechó por lo tocante á los dogmas de la Iglesia Romana. Pero el cisma iba también introduciéndose por todas partes en la obra de la reforma: Calvino aparecía en Ginebra; Lutero reñía con Carlostadt y escribía contra él irritantes folletos. Los aldeanos se sublevaron contra sus señores, y se echaron sobre los bienes de los príncipes eclesiásticos; de aquí nacieron las turbulencias de Suavia, de Francfort, del país de Bade, de la Alsacia, del Palatinado, de la Baviera y de Hesse. En vano Lutero hizo cuanto pudo por desarmar á la multitud; en vano dijo en alta voz, que la revolucion jamás ha conseguido buen resultado, y que á hierro ha de morir quien con hierro mata: la espada estaba ya desnuda y no debía volver á envainarse hasta despues de pasados cerca de dos siglos de sangrientos sacrificios.

En la contestacion de Lutero á los doce artículos de los aldeanos de Suavia, hay cosas justas y razonables, al paso que también dice á los señores verdades que podían parecerles atrevidas; pero no pudiendo desistir del carácter de su reforma, enemiga del pueblo, ostenta una implacable dureza contra los aldeanos, sin conceder ni una sola lágrima á sus miserias.

«Creo, dice Lutero, que todos los aldeanos deben perecer antes que los príncipes y magistrados, por la razon de que empuñan la espada sin la autoridad divina... Ninguna misericordia, ninguna tolerancia se le debe; antes por el contrario, la indignacion de Dios y de los hombres.»

«Los aldeanos están pregonados por la justicia de Dios y el emperador. Se les puede tratar como perros rabiosos.»

Y sin embargo, esos *perros rabiosos* se habían desencadenado por la palabra del reformador. Para aquellos hombres pregonados por la *justicia de Dios*, no se manifiesta en el emancipador del espíritu humano ninguna simpatía de las libertades populares.

No tardó en indisponerse con todos los sectarios producidos por la reforma, ni perdonó nunca á Erasmo su *libero arbitrio*.

«Así que pueda verme restablecido de mi enfermedad, quiero, con la ayuda de Dios, escribir contra él y matarlo. Hemos tolerado que se burlara de nosotros y se nos subiera á las barbas; mas ahora que pretende hacer lo mismo con Cristo, queramos oponerle resistencia.... Es verdad que aplastar á Erasmo es lo mismo que aplastar á una chinche; pero mi Cristo, de quien él se burla, me importa mucho mas que el peligro de Erasmo.»

«Si vivo, quiero, Dios mediante, librar á la Iglesia de esa inmundicia. El es quien ha sembrado y hecho nacer Croto, Egrano, Witzeln, Ecolampadio, Campano, y otros visionarios y epicúreos. Téngase bien entendido que desde ahora lo considero como eliminado de la Iglesia...»

«Si predica, sus palabras suenan en falso como golpes dados en un vaso roto. En algun tiempo atacó al papismo; mas ahora ya empieza á sacar la cabeza del saco.»

Hé aquí, dice discretamente Mr. Nisard, pequeñas cuestiones para los partidarios del fatalismo histórico, que engrandecen la reputacion de un personaje acumulándole hechos posteriores y consumados por causas imprevisas y ajenas de su voluntad; pero esas cuestiones no son tan insignificantes si se consideran desde el punto en que nos hallamos. Efectivamente, ¿quién pensais que en la actualidad se podrá atribuir el mayor de los hechos, á Lutero negando el libre

arbitrio, y reemplazando el dogma con el dogma, ó hablando con mas rudeza, la supersticion con la supersticion, ó á Erasmo reclamando para el hombre la libertad de conciencia?

Al ser Viena asediada por los turcos, Lutero hizo una noble invitacion á los alemanes, á fin de que acudieran en defensa de la patria. Luego vinieron las ligas de Usmalkalda y los anabaptistas de Munster. Estos predicaron contra el papa y contra Lutero, y hasta prefirieron el primero al reformador, contra quien lanzaron su maldicion, considerándolo amigo de la nobleza, así como él en otro tiempo había maldecido á los aldeanos de Suavia.

#### CASAMIENTO.—VIDA PRIVADA DE LUTERO.

La conducta de Lutero era hija de sus opiniones y guardaba consecuencia con ellas. El reformador había abierto las puertas del claustro y hecho salir al mundo una multitud de hombres y mujeres, de quienes en lo sucesivo no sabía qué hacer. Se casó, tanto para darles un buen ejemplo, como para librarse de sus propias tentaciones. Todo el que ha violado reglas procura arrastrar en pos de sí á los débiles y cubrirse con la multitud. Por el consentimiento de muchos, se lisonjean los innovadores hacer creer en la justicia y en el derecho de una accion que tal vez no fue mas que resultado de una casualidad ó de una pasion impremeditada. Dos votos sagrados fueron infringidos á un mismo tiempo; Lutero se casó con una religiosa. Todo eso podrá ser si se quiere, con arreglo á la naturaleza, pero no se pierda de vista que hay otra naturaleza mas elevada; difícil es, cualesquiera que por otra parte sean las virtudes de los esposos, que inspiren confianza ni respeto al hacer el juramento de union conyugal en el mismo altar en que pronunciaron los votos de castidad y retiro. Jamás el cristiano depositará en el corazon de un sacerdote el peso de su vida oculta, si este sacerdote tiene otra esposa que aquella mística Iglesia que guarda el secreto de las faltas, y consuela los dolores. Cristo, pontífice y víctima, murió célibe y salió del mundo al terminar su juventud.

La monja con quien Lutero se casó, se llamaba Catalina de Bora: la amó, vivió bien con ella, y trabajó con sus propias manos para mantenerla; aquel hombre que creó príncipes y despojó de sus riquezas al clero, vivió pobre y honrándose con su indigencia, como los primeros revolucionarios franceses. En su testamento se leen estas interesantes palabras:

«Declaro no tener nada de dinero contante, ni riqueza de ninguna especie. Nada tiene esto de particular si se reflexiona que no he tenido mas rentas que mi sueldo y algunos regalos.»

La vida privada y las opiniones particulares de Lutero, ofrecen detalles interesantes. Tiene muchos hermosos pensamientos acerca de la naturaleza, la Biblia, las escuelas, la educacion, la fe y la ley. Curioso es también lo que dijo acerca de la imprenta. Una idea individual le condujo á una verdad general y á una perspectiva del porvenir.

«La imprenta, en su concepto, es el don último y supremo, *sumum et postremum donum*, mediante el cual Dios hace progresar las cosas del Evangelio. Es la postrera llama que brilla antes de la extincion del mundo. A Dios gracias, esa llama ha llegado al fin.»

Preciso es oír á Lutero en la intimidad de los sentimientos domésticos.

«Ese niño (habla de su hijo), y todo lo que me pertenece, es aborrecido de los partidarios, aborrecido de los diablos. Sin embargo, ninguna inquietud causan al querido niño todos esos enemigos: nada le importa de que tantos y tan poderosos señores le aborrezcan, y toma con sonrisa el alimento

»del pecho materno, mira en derredor espresando vivamente su satisfacción, y les deja murmurar cuanto quieran.»

En otra parte, hablando también de sus hijos, se espresa en estos términos:

«Tales habrían sido nuestros pensamientos en el paraíso; sencillos, ingenuos é inocentes, sin maldad y sin hipocresía; allí habríamos sido verdaderamente como ese niño cuando habla de Dios y tiene tanta seguridad en él.»

«¿Cuáles debieron ser los sentimientos de Abraham al consentir en sacrificar y degollar á su hijo único? Nada de esto diría á Sara.»

En el último rasgo se echan de ver una familiaridad y una ternura casi sublimes.

Lamenta la muerte de su pequeña hija Isabel.

«Mi pequeña hija Isabel ha muerto; admiración me causa el ver cómo me ha dejado enfermo el corazón; corazón de mujer parece según lo muy conmovido que ha quedado. Jamás habría creído que el alma de un padre fuese tan tierna para con su hijo.»

«En lo más profundo de mi corazón subsisten aun grabadas sus facciones, sus palabras, sus gestos, durante su vida y en el lecho de la muerte. ¡Mi obediente y respetuosa hija; Ni la misma muerte de Cristo (con la cual ninguna hay que pueda compararse), no alcanza á arrancármela del pensamiento como debiera...»

«Reflexiona sin embargo, querida Catalina, á dónde de ha ido (nuestra hija). La carne está aun sangrando seguramente: esa es su naturaleza; pero el espíritu vive, y se encuentra según sus deseos. Los niños no disputan; creen lo que se les dice; todo es sencillez. Mueren sin pesar, sin angustias, sin disputas, sin tentaciones de la muerte, sin dolor corporal, como si se durmieran.»

Al leer esas ideas tan dulces, tan religiosas, tan penetrantes, uno se siente desarmado, y se olvida de los arrebatos del sectario.

Sobre la muerte de su padre se encuentran estas palabras dotadas de una sencillez y una profundidad bíblicas:

«Sucedí á su nombre; ahora soy ya para mi familia el viejo Lutero: ha llegado mi vez: tengo derecho de seguirlo por medio de la muerte.»

Lutero, hallándose enfermo y triste, exclamó:

«El imperio cae, los reyes caen, los sacerdotes caen, y el mundo entero se estremece como el edificio que estando próximo á caer, anuncia su ruina por medio de hendiduras en las paredes.»

La muerte de Lutero fue pacífica: deseaba morir y decía:

«Venga Nuestro Señor cuanto antes y lléveme. Venga sobre todo con su juicio postrero, y humillaré mi frente; lance el rayo y haga que yo repose.»

«¡Miseros de nosotros! Apenas damos á Dios la décima parte de nuestra vida; ¡y creeríamos con nuestras buenas obras ganar el cielo! ¿Yo qué he hecho?»

«Esa avecilla ha escogido su albergue y va á dormir bien sosegadamente: nada le inquieta. Mantiénesse tranquilamente en la ramita sin cuidarse del sitio en que se albergará mañana, y deja en manos de Dios el cuidado de proporcionárselo.»

«Te encomiendo mi alma, ¡oh Señor mío Jesucristo! Abandonaré este cuerpo terrestre; voy á ser arrebatado de esta vida, pero sé que eternamente permaneceré á tu lado.»

Repitió en seguida por tres veces: *In manus tuas commendo spiritum meum redemiste me, Domine, Deus veritatis*. Repentinamente cerró los ojos y quedó desfallecido. El conde Albrecht, su esposa y los médicos, le prodigaron auxilios para reanimarlo, y lo

consiguieron á fuerza de trabajo. Entonces el doctor Jonás le dijo: «Reverendo padre, ¿morís constante en la fe que habeis enseñado?». El enfermo respondió con un sí claramente pronunciado, y volvió á perder el sentido. De allí á poco empalideció, se puso frío, respiró una vez profundamente, y murió.

#### RETRATO DE LUTERO.

Hé aquí, pues, el sí final que siguió al no, pronunciado en Worms. Sí, Lutero persistió y con él las sectas de que fue padre; pero la prueba de que no comprendía la estension del movimiento que había producido, es el haberse negado á todo convenio con aquellas. Así es, que ante el landgrave de Hesse en nada quiso ceder á Zeinglo, á Bucer, ni á Ecolampadio, que le suplicaban se pusiera de acuerdo con ellos, en cuyo caso le habrían cedido la Suiza y las orillas del Rin: así es también como reprobó la conducta de Melancton, que entre los católicos y protestantes intentaba una reconciliación, semejante, poco más ó menos, á la que Bossuet proyectó con Leibnitz, y así es finalmente, como se explica el haber condenado á los aldeanos de Suavia y á los anabaptistas de Munster, no tanto por los desórdenes que habían causado, como porque no querían encerrarse en el círculo que les había trazado. Un hombre de altos pensamientos que hubiese intentado cambiar la faz del mundo, se habría elevado sobre sus propias opiniones, y no habría detenido á los que conspiraban también á la destrucción de lo mismo que él pensaba destruir. Lutero fue el primer obstáculo que encontró la reforma de Lutero.

No puede decirse que el reformador estuviera absolutamente destituido de carácter; pero también es cierto que no dió señales de ese arranque dominador que así en la religión católica como en las herejías, ostentaron tantos mártires y tantos entusiastas. No fue ciertamente Lutero el invencible Arrio, ni el indómito Juan Huss: no se puso en evidencia más que una vez, y luego se mantuvo retirado amenazando mucho, pero desde lejos, y vociferando que sabría arrostrar todos los peligros, pero sin arrostrar ninguno. Se negó á comparecer en la dieta de Augsburgo, y permaneció prudentemente encerrado en la fortaleza de Cobourg. Con frecuencia se lamentó de hallarse solo, y dijo que iba á bajar de su Sinaí, de su Sion, pero no llegó el caso de hacerlo. Su soledad consistía en estar escuchado por los duques de Mecklemburgo y Brunswick, en permanecer detrás del gran maestro de la Orden Teutónica, del elector de Sajonia y del landgrave de Hesse, y en tener á su frente el incendio que había promovido con sus mismas manos, y que formaba á manera de una barricada de llamas impenetrable.

Reconozcamos, pues, en Lutero un hombre sagaz y de imaginación, escritor, poeta, músico de buenas costumbres en su vida privada. El fijó la prosa alemana en el estado en que se halla; su traducción de la Biblia, infiel porque sabía mal el hebreo, es la que aun subsiste: todavía se cantan en las iglesias luteranas sus salmos, compuestos, ó mejor dicho, imitados de los de la Sagrada Escritura. Fue hombre desinteresado, marido complaciente y tierno padre, si no se repara en las sacrílegas circunstancias de su enlace. En Lutero se echa de ver esa cándida y sencilla naturaleza alemana, llena de los más humanitarios sentimientos; pero también se distingue la grosería germánica, esas virtudes y esos talentos que aun en la actualidad reciben su inspiración de aquel falso Baco anatematizado por otro reformador, por Juliano el Apóstata.

Lutero no cayó en el cisma sino despues de largos combates: con frecuencia espresa sus dudas, mejor diremos, sus remordimientos, y conserva las tenta-

ciones del claustro. Un hombre de carácter ligero que había tomado el hábito religioso por haber visto morir de un rayo á uno de sus amigos, pudo muy bien dejarlo por haber asistido á la venta de indulgencias: para eso no se necesita ciertamente elevación de ideas, ni profundidad de planes. Lutero se creía muy formalmente atacado del diablo, y lo combatía durante la noche con el sudor de su frente: *Multas noctes mihi satis amarulentas et acerbas redere ille novit*. Cuando se creía demasiado atormentado por el demonio, conseguía ponerlo en fuga diciéndole tres palabras que no nos atreveríamos á repetir, pero que pueden verse en los curiosos extractos de Mr. Michelet (1). Cristóbal habló de un modo muy diferente á Satanás: se contentó con decirle: «No tentarás á tu Señor y Dios.» Otras veces Lutero en medio de su exaltación se creía invadido de la divinidad y despojándose de sí mismo gritaba: «No conozco á Lutero, llévase el diablo á Lutero.»

El reformador no se entretenía en escoger palabras cuando quería espresarse con elocuencia, y al hablar del pontífice lo comparaba demasiadas veces con Lama. Su doctrina en favor de los grandes es tan relajada, como soez su elocuencia en algunos pasajes: casi admitió la poligamia, y permitió al landgrave de Hesse tener dos mujeres. Si no hubiese abjurado de la autoridad pontificia, habría podido apoyarse en una decretal del 762 dada por Gregorio II.

#### RETRATO DE LUTERO, SEGUN MAIMBOURG, BOSSUET Y VOLTAIRE.

En honor de los sacerdotes y escritores católicos debe notarse la justicia que han hecho á Lutero en los retratos que de él han trazado.

«Era hombre de espíritu vivo y sutil» (dice el padre Mainbourg en su estilo algo anticuado) «elocuente por naturaleza, claro y pulido en su modo de espresarse, laborioso en un grado infinito, y tan dedicado al estudio que algunas veces pasaba días enteros sin distraerse ni aun para tomar un bocado. A esta asiduidad debió el adquirir bastante regular conocimiento de idiomas y de los Padres, á cuya lectura, particularmente de San Agustín, de quien hizo muy mal uso, era en extremo aficionado contra la ordinaria costumbre de los teólogos de su tiempo. Era de complejion fuerte y robusta para dedicarse al trabajo sin quebrantar su salud: su temperamento fue bilioso-sanguineo, su mirada penetrante y abrasadora, el metal de su voz agradable, y muy alto, cuando se espresaba con calor, el ademán fiero, intrépido y arrogante, menos cuando procuraba dulcificarlo para remedar humildad, modestia ó mortificación, lo cual no acontecía con mucha frecuencia.... Tal es el verdadero carácter de Martín Lutero, en el cual puede decirse que había una gran mezcla de algunas buenas y muchas malas cualidades, y que su relajación más consistió en la imaginación que en las costumbres, y en su vida que siempre fue bastante arreglada.»

Bossuet retrató á Lutero de un modo que á fuerza de ser imparcial podría pasar por lisonjero:

«Los dos partidos, dice aquel insigne prelado, que trabajaban en la reforma, reconocieron por autor de ella á Lutero. No fueron únicamente sus sectarios, los luteranos, los que á porfía le han tributado grandes elogios; el mismo Calvino admira no pocas veces las virtudes, la magnanimidad, la constancia, y la industria incomparable que aquel supo poner en juego contra el papa: en su concepto Lutero es la trompeta, mejor dicho el trueno; es el rayo que ha hecho despertar al mundo de su letargo; no es Lutero el que hablaba, es Dios, que tronaba en su bo-

ca. Ciertamente es que hubo vigor en su talento, vehemencia en sus discursos; que estuvo dotado de una elocuencia viva y apasionada, que estasiaba y arrebató al pueblo, y que al paso que demostró extraordinario arrojo cuando se vió ensalzado y aplaudido, supo darse un aire de autoridad, que impuso á sus discípulos hasta el punto de no atreverse á contradecirle en nada. Mas no fue solamente el pueblo el que consideró á Lutero como profeta; pues los hombres más instruidos de su secta, lo tuvieron en el mismo concepto. Melancton, que se afilió á su doctrina desde el principio de las disputas, se dejó por de pronto persuadir de tal modo de que en aquel hombre había algo de profético y de extraordinario, que á pesar de los defectos que cada día iba descubriendo en él, no pudo borrar la impresión en mucho tiempo; por esa razón al escribir á Erasmo por lo tocante á Lutero, se espresó en estos términos: *Ya sabeis que á los profetas conviene experimentarlos, pero no despreciarlos*. Sin embargo, el nuevo profeta incurria en inauditos excesos. No reconocía límites: en vista de que los profetas lanzaban por mandato de Dios terribles invectivas, Lutero se convirtió en el más violento de los hombres y en el más fecundo en ultrajantes palabras. Hablaba de sí mismo de una manera capaz de avergonzar á sus amigos. Engreído de su saber, mediano en cuanto al fondo, grande por lo tocante á la época, y desmesurado por lo relativo á su propio bien, y al reposo de la Iglesia, se elevaba sobre todos los hombres, no solo de su siglo, sino hasta de las pasadas generaciones. Preciso es confesar que tenía mucho vigor de espíritu: nada le faltaba más que regla, y esa no puede tenerse sino en el seno de la Iglesia, y bajo el yugo de la autoridad legítima. Si no hubiese sacudido ese yugo, tan necesario á toda clase de imaginaciones y particularmente á las inquietas y turbulentas como la suya; si hubiese podido suprimir de sus discursos aquellos arrebatos, aquellas chocarrerías, aquellas petulancias brutales, aquellos excesos, ó mejor dicho, aquellas extravagancias, la fuerza con que manejó la verdad no habría podido servir á la seducción. Por eso aparece invencible al tratar de los dogmas antiguos que había aprendido en el seno de la Iglesia; pero el orgullo seguía muy de cerca á sus victorias.»

El patriarca de la incredulidad, Voltaire, trató á Lutero menos favorablemente que el jesuita Mainbourg y el obispo de Meaux,

«No puede uno, dice Voltaire, abstenerse de reír de compasión al ver el modo con que Lutero trata á sus enemigos y en especial al pontífice: Pequeño papa, papita, sois un jumento, un asnillo; id poco á poco que ha helado: podríais romperos las piernas y entonces se diría: ¿Qué diablos es esto? el asnillo del papita se ha estropeado. Un jumento sabe que es jumento, una piedra sabe que es piedra, y esos asnos de papas no saben que son asnos.»

Esas bufonadas de Voltaire son exactas, pero no tienen peso.

#### LO QUE CONVIENE PENSAR ACERCA DE LUTERO.

El movimiento que Lutero causó no provino de su talento: el reformador no tenía ese don. Téngase presente que esa palabra (*genie*) en tiempo de Bossuet no significaba lo que ahora significa. Lutero, como ya lo he dicho, solo tenía mucho ingenio, y mucha imaginación. Cedió á la irascibilidad de su carácter sin comprender la revolución que iba á producir, y lo que es aun más, encadenándola por el prurito de encontrarla en su persona: sus tentativas habrían fracasado como las de sus antecesores si los despojos del clero no hubiesen tentado la codicia del poder. La reforma se ha sistematizado despues de aquel

(1) Memorias de Lutero, tom. III, pág. 486, lin. 4.